

La mujer adulta mayor, su representación social y el impacto en la violencia

Adult women increased their social representation and the impact on violence

María Lily Maric¹

En los últimos años, las mujeres mayores de 65 años se han convertido en uno de los grupos sociales más susceptibles de sufrir malos tratos y violencia, y lo más grave es que hemos tardado demasiado tiempo en darnos cuenta.

Alberto López Herrero

Resumen

En los últimos años, el número de personas adultas mayores ha ido en incremento en todo el mundo; este incremento, ha permitido visualizar los elevados niveles de violencia que existe hacia este grupo social. El presente trabajo busca, a partir de la representación social o conocimiento del sentido común referente a la mujer adulta mayor, determinar cuál su impacto en la violencia que se ejerce hacia esta. Para el estudio de la representación social se recurre a los arquetipos de mujer adulta mayor, utilizados a lo largo de la historia.

Palabras clave: Mujer adulta mayor // Violencia // Representaciones sociales // Arquetipos.

¹ Doctora en Psicología por la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Maestría en Educación por la Universidad de Lovaina. Bélgica. Couching certificada por el Instituto Internacional de Couching de Brasil. Ha tenido experiencia profesional y docente en Duke University de Estados Unidos, en organismos internacionales y en la banca. Actualmente, es docente e investigadora de la Universidad Mayor de San Andrés.

Abstract

In recent years, the number of elderly adults has been increasing worldwide; This increase has enabled display high levels of violence that exists towards this social group. This paper seeks from social representation or knowledge concerning the older woman common sense determine its impact on violence exerted towards this . For the study of social representation is used to archetypes of older adult women, used throughout history.

Key words: Older adult women // Violence social Representations // Archetypes.

Una de las formas de violencia más oculta, es la infligida a las personas de edad avanzada, INPEA (red internacional de prevención contra las personas mayores) señala que los datos de incidencia y prevalencia de violencia contra la tercera edad reportados, son apenas la punta del iceberg y reconoce que el maltrato a la tercera edad, es el menos conocido a nivel mundial, siendo su prevalencia inestimable por el momento. Julia Pérez, presidenta de la ONG española, UNAF, en entrevista realizada referente a los resultados encontrados en el proyecto europeo para prevenir la violencia, Daphne Stop, (Sanchez Moro C. 2013), “menciona que el progresivo envejecimiento de la población favorece que las personas mayores se hayan convertido en uno de los grupos sociales más susceptibles de sufrir situaciones de abuso, malos tratos y violencia”. Por su parte, la CEPAL (2006) manifiesta que en lo relativo a violencia subyacen dos factores claves en casi todos los tipos de maltrato en la tercera edad: el sexo y la condición socioeconómica, este estudio menciona que la víctima suele ser femenina, mayor de 75 años y reside por lo general con su familia.

La violencia hacia la tercera edad, es un fenómeno silenciado, desconocido, incomprendido y escasamente detectado, donde se ha considerado muy poco la perspectiva de género, no obstante las estadísticas señalan que en este grupo, ellas son mayoría, con una expectativa de vida más larga que los hombres. Se estima que 50% de las personas mayores de 60 años, y 65% de las personas mayores de 80, son mujeres (INSTRAW, 1999). En Bolivia en el tramo de los 60 a 69 años la expectativa de vida de las mujeres en relación a los hombres es de 56,2%; en el tramo de 70 a 79 años es de 55,5% y, en el de más de 80 años es de 61,1%, (HelpAge-Bolivia).

Este incremento de mujeres adultas mayores está permitiendo visualizar y tomar consciencia de un hecho que estaba ocurriendo sin que lo advirtamos, y que hoy se constituye en clave para decodificar diversas formas de interacción. Por otra parte y complementando esta visualización, tenemos las investigaciones

de Butler (Bodily, 1994, Hendricks, 1995) referentes al edaísmo, o discriminación contra personas o colectivos por motivo de edad, este concepto engloba una serie de creencias, normas y valores, (Nelson T., citado por ML Maric 2013) y es particularmente relevante por la presencia de elementos negativos relacionados con la vejez que pueden transformarse en acción y en violencia. El edaísmo, se refiere a normas sociales y sistémicas que hacen parte de los constructos explicativos de un grupo social, los cuales son asumidos como reales y aplicados a todo un grupo de personas, (Hendricks, 1995) y en el caso que nos preocupa a las mujeres adultas mayores. Estos constructos que hacen al edaísmo, vendrían a constituirse en las representaciones sociales, que componen el conocimiento del sentido común, y permiten la comunicación y el dominio del entorno social, material e ideal. (Moscovici S, 2000) en otras palabras son lentes a través del cual se percibe la realidad.

Pero ¿de dónde provienen estas representaciones? Para dar respuesta a esta pregunta partiremos señalando que las representaciones son productos que se constituyen en base de los procesos perceptivos y que una vez constituidas vienen a ser filtros a través del cual percibimos, valoramos y actuamos frente al mundo que nos rodea. Estas representaciones no nacen de la nada, se forman a través de los estímulos medio ambientales, de la información recibida y, una vez internalizados por el individuo, terminan por constituirse en su única verdad, en la base de su identidad y por lo tanto son difíciles a modificar.

Una aproximación psicológica para comprender estas representaciones, la encontramos en el trabajo del psiquiatra suizo Carl Gustav Jung, quien postuló la existencia del uso de símbolos, o arquetipos para expresar, un contenido de la psique que está más allá de la razón. Los símbolos permitirían transmitir un sistema de valores, que son utilizados para socializar. En estas figuras se condensan los deseos y expectativas de un grupo humano, es el prototipo, con base en el cual se valora toda conducta social; se convierte en el ideal que regula los procesos de formación personal y el trato social. O sea, la conducta estaría regidas por arquetipos, que vendrían a ser los modelos de ser y actuar que reconocemos a partir del inconsciente colectivo. De ahí que los arquetipos sobre la mujer nos permiten comprender como esta es visualizada.

Para Jung el arquetipo femenino está representado por la figura materna, definida como: la mágica autoridad de lo femenino; la sabiduría y la altura espiritual más allá del intelecto; lo bondadoso, protector, sustentador, lo que da crecimiento, fertilidad y alimento; el lugar de la transformación mágica, del renacer; el instinto o impulso que ayuda. La maternidad está vinculada a la protección, tranquilidad, sacrificio, dolor, a la pérdida de la identidad personal para integrarse a la identidad de otros. La figura de la madre siempre va acompañada de conceptos de resignación, sacrificio y entrega (Hera, María...), la madre es la mujer que se entrega en favor del otro, que se abandona a sí misma para criar a sus hijos, transformando la capacidad de protección y nutrición, en sacrificio y servidumbre.

Este arquetipo, se encuentra en muchas tradiciones patriarcales como: la cristiana, la judía, la islámica..., exaltando, sobre todo, las figuras de esposa, virgen y madre. La creencia de la virgen María, creó en los miembros de la Iglesia Católica, una representación que orientó las actuaciones de las mujeres en el ámbito familiar, con proyecciones sociales en la misma línea. De esta manera el estatus “femenino”, fue elaborado sobre los pilares tradicionales de la feminidad, que se asocian a la contradicción maternidad-sexualidad. Estos mismos arquetipos la encontramos en varias culturas patriarcales, donde la figura de madre/virgen se denomina de diferente forma (Coatlicue, Anahita) pero en todas se busca desligar la sexualidad de la maternidad, criminalizando una y santificando la otra. O sea, por un lado, vemos un aspecto de veneración a la capacidad creadora de la mujer, pero, por otro, vemos un rechazo al carácter sexual femenino, intentando eliminar este aspecto de la figura idealizada de mujer y madre.

Estos arquetipos que hacen a la formación de las representaciones sociales son internalizadas por las mujeres quienes se autoperciben a través de ellas, lo que determina su conducta. De ahí que la mujer adulta mayor al ver su capacidad reproductiva disminuida, busca una nueva definición de sí misma. Esta definición ya no está ligada a su capacidad reproductiva y a su poder sexual en forma directa, sino, que elabora un nuevo rol social de mujer, como encargadas del cuidado y educación de los hijos, la organización doméstica, el cuidado de enfermos, abuelos y nietos, (Devine, 1989), (Finley, 1989).

De ahí que esta Representación Social de la mujer adulta mayor es transmitida a través de la familia y se la encuentra en muchas culturas. En las tradiciones indígenas americanas, cuando la mujer dejaba de menstruar, podía ser elegida para convertirse en madre del clan o incorporarse a la tienda de las abuelas, la influencia de la anciana se extendía más allá de su familia para abarcar a todos los niños y al bienestar de la tribu. (Shinoda B, 2014). Estas Representaciones continúan en la actualidad ya que la mujer adulta mayor, ve como natural trabajar en las labores hogareñas, de donde nunca llega a jubilarse. Resultados preliminares de investigaciones que estamos realizando en niños asistentes a centros de día de la Honorable Alcaldía de la ciudad y en colegios fiscales de la misma, confirman esta representación, demostrando que estas son aprendidas desde la infancia. Así, a la pregunta que hacen las viejitas, los niños responden, cocinan, nos atienden. A la pregunta ¿Qué les gusta hacer a los viejitos? Las respuestas más frecuentes son cocinar, hacer tortas, panes, cuidarnos. (M L Maric, 2014). De lo que se deduce que la sociedad, espera que las mujeres, sobre todo las mayores de 50 años, se ocupen del cuidado y educación de los hijos, la organización doméstica, el cuidado de enfermos, abuelos y nietos. Un ejemplo lo encontramos en un testimonio mencionado en el trabajo realizado por Costa G. (2008), donde una mujer de nombre Rosa, señala:

“La realización de una mujer en otra época estuvo ligada a la maternidad. Con el paso del tiempo, ese significado fue transferido a ocupaciones con la casa, con el marido, con los hijos y los nietos. Con el tiempo vamos dejando de ser mujer y quedamos como madres, dueñas de casa y así vamos”... (Rosa)

Esta expectativa de la sociedad es internalizada por la mujer adulta mayor y estaría a la base del denominado “Síndrome de la abuela esclava”. La Organización de Naciones Unidas, advierte sobre este síntoma, señalando que es una forma de violencia contra mujeres adultas mayores. Este síndrome es definido como una enfermedad, grave, potencialmente mortal, que afecta a mujeres mayores con responsabilidades directas de ama de casa, voluntariamente asumidas y con agrado, durante muchos años. Suelen disfrutar con los nietos, raramente se quejan aunque a menudo estén agotadas. Algunas mueren en “acto de servicio” otras sufren en silencio, llevan una carga con la que ya no pueden, pero resisten por miedo a perder el reconocimiento de los suyos. Fue descrito por el cardiólogo Antonio Guijarro, el año 2004, como consecuencia de una síntesis o abstracción de circunstancias comunes en pacientes atendidas durante décadas.

El Síndrome se produce por un agotamiento excesivo o sobreesfuerzo físico y emocional crónicos. El estrés se refleja por el agobio que nace de esa obligación con responsabilidad directa de cumplir simultáneamente varias tareas con eficacia, puntualidad y acierto.

Lee. S (2003) y colaboradores de la escuela de salud pública de Harvard, han publicado los resultados de un estudio prospectivo realizado con 54,412 mujeres de 46 a 71 años. En el mismo comprueban que el cuidado de los nietos durante 9 o más horas semanales, aumenta el riesgo de infarto de miocardio y otros eventos coronarios en un 55%. El cuidado de hijos propios tiene menos influencia patológica. Los autores apuntan al conflicto del papel de abuela y al estrés, como posibles factores determinantes de este fenómeno.

La influencia de las representaciones sobre la mujer adulta mayor en la violencia, va más allá del síndrome de la abuela esclava. En Estados Unidos, el reporte técnico sobre violencia de género, realizado por el Departamento de Justicia de ese país (Burton D. Dunlop y asoci. 2005), destaca que las mujeres adultas mayores tienden a guardar en reserva la violencia de la que son víctimas, pues les enseñaron que los “trapos sucios” se lavan en casa, ellas no deben poner en peligro la familia. Esto hace que estas mujeres no acudan a la justicia, ni a la policía, para denunciar los casos de violencia, al contrario, tienden a buscar consuelo en su fe, ya sea a través del clero u otras actividades en sus lugares de culto. El informe realizado por el Departamento de Justicia, también señala que las mujeres mayores son reacias a denunciar a sus victimarios, dado que estos suele ser un miembro de la familia, y ellas se preocupan por la suerte que pueda correr el mismo. La mayoría de mujeres mayores, entrevistadas, presentan cuadros de

desesperanza en relación a la violencia del cual eran víctimas, ellas expresan que era muy tarde para quejarse o que las cosas habían sido siempre así y, que era mejor continuar soportando el abuso que causar problemas en la familia, (Dunlop B.D; Beaulaurier R. 2005). El informe también señala la existencia de datos similares encontrados en Europa, al mencionar un estudio realizado en Austria, Alemania, Hungría Polonia, Portugal y el Reino Unido, donde se constata que mientras mayor es la mujer, más difícil que enfrente y se comprometa a buscar ayuda ante situaciones de violencia familiar.

La mujer como madre abnegada, productora y reproductora, dedicada a la organización, al control del espacio doméstico y a la crianza de los hijos, no es el único arquetipo sobre la mujer, también aparece otro, aquel denominado por el psicoanálisis como el lado oscuro de las diosas, en este la mujer adulta mayor es portadora de sabiduría y de maldad. (Lorite, 1987).

En la mitología griega estaría representada por la Diosa Hecate, el arquetipo de la mujer adulta mayor, es la deidad femenina de la noche, la magia, la necromancia y dueña del Cerbero, el perro guardián del inframundo, su influencia era tal que hasta el mismo Zeus la temía, pues estaba en su mano decidir quién moría y quién no. Hecate: tenía un aspecto fiero, tres cabezas una de león, una de caballo y la última de perro. Su misión era colaborar con los ancianos a cruzar al otro lado. A ella se atribuye gran conocimiento de la herbolaria, venenos y alucinógenos como la cicuta, la mandrágora, el acónito y la adormidera.



Hecate

Hecate, demuestra la sabiduría, pero esta sabiduría se confunde con brujería, dado que podía manipular hierbas mágicas y venenos con habilidad, estas habilidades le permitían mantener el curso de los ríos, o revisar las trayectorias de las estrellas y la luna. Se afirmó en el *Malificarum* “*Malleus*” de 1486 que Hécate fue venerada por las brujas, que la adoptaron como su diosa.

Varias culturas tienen diosas poderosas, representadas como adultas mayores y ligadas a destrucción y muerte, es el caso de la diosa Ix Chel, de la cultura Maya. Esta diosa que durante la noche se hacía ver como la diosa luna, fue la protectora de las parturientas y la inventora del arte del tejido, era representada como una vieja enojada, rodeada por símbolos de destrucción y muerte: una serpiente en la cabeza y huesos cruzados en su falda. Personifica al agua como elemento destructivo. Causaba inundaciones y otros desastres.



Ix Chel

También en la Edad Media y en el Renacimiento, encontramos la relación de mujer adulta mayor y brujería; algunas referencias tanto pictóricas como literarias, en ambas épocas, identifican a la mujer adulta mayor con el aspecto claro de *la bruja*, con propiedades maléficas, por lo que era odiada y perseguida, pero a la vez, respetada por el saber acumulado a través de los años sobre enfermeda-

des, amores, remedios, pócimas y venenos. Un ejemplo es la obra *La Celestina* de la literatura española, así como también, la vieja *Cañizares* del *Coloquio de los perros* de Cervantes.

Durante el siglo XVI, la influencia de las pestes, los períodos de sequía y las guerras, colaboraron en la mantención de esta representación de la mujer adulta mayor relacionada con lo maléfico. Igualmente, en las sociedades feudales se destacó una noción desfavorable de la mujer adulta mayor. Por ejemplo las indemnizaciones por la muerte de una mujer embarazada podía llegar a ser mayor o igual a la de un soldado, pero si esta era postmenopáusica, la suma disminuía hasta hacerse casi nula.

Aún hoy, esta representación de las mujeres mayores como brujas, o ligadas a desastres, parecería estar influyendo en la percepción y comportamiento que tienen las sociedades sobre esta; siendo causa de muchas de las acciones violentas contra ellas. Investigaciones realizadas en diferentes países de África y América Latina por la organización HelpAge, muestran que muchas de estas mujeres son en la actualidad víctimas de violencia extrema o de muerte, después de haber sido sindicadas de brujería; muchos de estos crímenes frecuentemente quedan impunes. Así, en Tanzania, reportes de la policía en 8 regiones entre 2004 y febrero del 2009, mostraron que 2.585 mujeres ancianas fueron muertas como resultado de acusaciones de brujería. Sólo en la región de Mwanza 698 mujeres mayores fueron asesinadas durante ese periodo, lo cual significa dos muertes cada 2 o 3 días. De acuerdo a lo señalado por Von Steenberg M (2012), en Tanzania existen leyes contra la violencia de género, más aún el propio presidente promocionó fuertes campañas contra la violencia femenina, pero estas no tuvieron el impacto esperado, la violencia sigue existiendo; las leyes se convirtieron en simple retórica no llegando a impedir las prácticas tradicionales y culturales.

Dado que las representaciones sociales tienen como función otorgar sentido a aquello que no se comprende, o sea, permitir a la sociedad comprender lo incomprendido, como puede ser el caso de enfermedades, infortunios o muertes que sufren las poblaciones, en ocasiones poblaciones que tienen un conocimiento limitado sobre diversas enfermedades, o sobre la razón de infortunios como desastres naturales, los lleva a pensar que están embrujados. Así en Tanzania para poner fin a embrujos, la población suele buscar a curanderos locales para que determine quién los embrujó, y poder acabar de esta forma contra la enfermedad o el infortunio. Los curanderos y la población representan a las brujas como mujeres adultas mayores, con conjuntivitis irritativa, o sea, ojos rojos. Lamentablemente, la conjuntivitis irritativa, es una enfermedad frecuente en mujeres mayores en Tanzania, dado que ellas han pasado su vida cocinando para sus familias en fogones donde se utiliza madera u otros combustibles de baja calidad. Por esta razón, las mujeres adultas mayores son fácilmente consideradas como brujas y castigadas por lo mismo. En otras oportunidades, las viudas adul-

tas mayores, son acusadas de brujería, permitiendo a los parientes un pretexto para hacerse de la herencia.

Podríamos pensar que este tipo de violencia se limita a países africanos, pero no, HelpAge internacional encontró datos similares en Perú, donde se determinó que 16% de mujeres, entrevistadas, mayores de 50 años, reportan experiencias de por lo menos un tipo de acusaciones de brujería.

“Sixteen per cent of all respondents reported experiencing at least one type of malicious accusation abuse since the age of 50. Of those who reported malicious accusations, 3 per cent had experienced this within the last 12 months and 7 per cent had experienced this more than once.

The majority had told their family and friends about the incident, but none had told the police. Prevalence was higher among women, those living in rural areas and in the peri-urban area (outside Lima), those with a limiting longstanding illness or disability (LLID) and among the Queschua and Mestizo (Mixed) ethnic groups. The most frequently reported type of malicious accusation was that of being a witch”²

Hemos mencionado algunas formas de violencia que se infringe hacia las personas adultas mayores, existen otras, como: el abandono, la violencia económica, violencia física, sexual y psicológica que sería muy largo a detallar. Aquí, lo importante es señalar que las representaciones de la mujer adulta mayor sostenidas por la sociedad, colaboran a que la violencia no sea percibida como un peligro real para ellas, lo que produce respuestas poco sensibles, prejuiciadas e inadecuadas ante las situaciones vividas cotidianamente. El problema de la violencia hacia la mujer mayor se debe en gran parte, a la poca atención que se ha prestado a las representaciones sociales que sobre estas, tiene la sociedad, originando que haya sido un fenómeno oculto durante décadas y aunque ahora empieza a ser estudiado, este es realizado de forma tímida y limitada. No obstante, como señala la investigadora española Teresa Bazo, (2002) especializada en tercera edad, el ser mujer y mayor, es desgraciadamente, doble factor de riesgo, se es víctima de abuso y malos tratos, por ser mujer y por ser mayor.

De ahí que la lucha contra la violencia hacia la mujer adulta mayor, debe ser abordada por los investigadores, Ongs, y Organismos Internacionales, desde una perspectiva metodológica coherente con la teoría social y con la búsqueda

2 16% de las personas entrevistadas, mayores de 50 años, reportaron por lo menos un tipo de acusaciones de abuso maléfico. 3% experimento esto en los últimos 12 meses, 7% lo experimento más de una vez.

La mayoría había dicho a su familia y amigos acerca del incidente, pero ninguno le había dicho a la policía. La prevalencia fue mayor en mujeres que vivían en áreas rurales y áreas periurbanas. Y entre aquellas que sufrían enfermedades o discapacidades y entre poblaciones quechuas y mestizas. El tipo de acusaciones más frecuente fue el de brujería.

y acercamiento de la subjetividad de los individuos que viven la realidad. Debemos abordar el problema desde una postura crítica que nos permita construir nuevos patrones de relacionamiento social, reconociendo que si bien, **no todos y todas somos violentos y no todas somos víctimas**, pero sí, de manera social, todos y todas, **somos copartícipes y corresponsables de la violencia**.

Bibliografía

BAZO, Teresa.

2002 Violencia familiar contra las personas ancianas que sufren dependencia y enfermedad. Revista Española de Geriátría y Gerontología.

BODILY, CL,

1994 Ageism and the deployments of “age”: A constructionist view. En Sarbin, T. & Kitsuse, J.I. (Eds.), *Constructing the social* (pp. 174-194). Thousand Oaks: Sage.

CEPAL.

2006 Manual sobre indicadores de calidad de vida en la vejez. CELADE, División de población de la CEPAL. Santiago de Chile. 203 pp.

COSTA G. y Gualda D.

2008 Conhecimento e significado cultural da menopausa para um grupo de mulheres. Rev Esc Enferm USP; 42(1):81-9. www.ee.usp.br/reeusp/

DEVINE, P.G.

1989 Stereotypes and prejudice: Their automatic and controlled components. *Journal of Personality and Social Psychology*, 56(1), 5-18.

DUNLOP BURTON, D. BeaulaurierRichar. Seff Laura.

2005 Domestic violence against older women: Final technical report. U.S. Department of Justice . USA.

FINLEY, N.I.

1989 Theories of family labor as applies to gender differences in care giving for Elderly parents. *Journal of Marriage and the Family*, 34(1), 79-86.

GUIJARRO, Morales. A.

2004 El síndrome de la abuela esclava. Editorial: Grupo Editorial Universitario. España.

HELP AGE INTERNATIONAL.

2013 Reportes sobre violencia a mujeres en dif. www.helpage.org

HENDRICKS, J.

1995 The social construction of ageism. En L.A. Bond, SJ. Culter & A. Grams (Eds.), *Promoting successful and productive aging* (pp. 51-68). Thousand Oaks: Sage Publications, Inc.